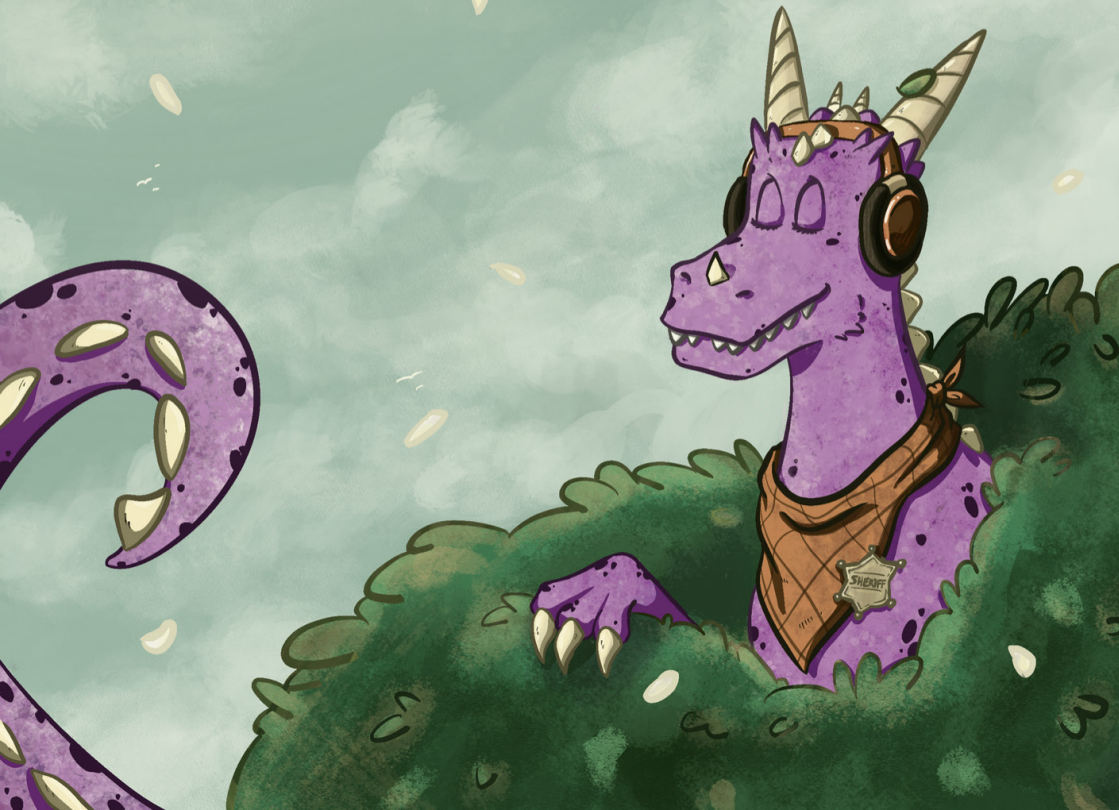


VAQUEROS, DRAGONES Y OTRAS FICCIONES

ANTOLOGÍA



VAQUEROS, DRAGONES
Y OTRAS FICCIONES
Antología

VAQUEROS, DRAGONES Y OTRAS FICCIONES

Antología

Apoyamos y agradecemos la difusión total o parcial del contenido de esta publicación, siempre y cuando se haga de forma gratuita y se mencionen las fuentes.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: Rocío Galea
PORTADA: Rocío Galea
COORDINACIÓN EDITORIAL: Martha Durán Rodríguez
TORREJÓN DE ARDOZ, JUNIO DE 2023

Vaqueros, dragones y otras ficciones es una antología que reúne algunos de los textos trabajados en el Taller de Escritura Creativa del Centro Cultural Rafael Alberti, durante el período 2022-2023, en Torrejón de Ardoz.

ÍNDICE

EL ÚLTIMO DÍA	06
<i>Enrique Sánchez Ferrera</i>	
EL CASTIGO	13
<i>Patricia Oliva</i>	
ESTOY AQUÍ	20
<i>Ana Urquijo Cuesta</i>	
RECONVERSIÓN	28
<i>Esther Topisto</i>	
NOS TENEMOS QUE IR	47
<i>María Margarita Rasquin</i>	
DE NIÑO SIEMPRE SOÑABA CON DRAGONES	51
<i>Chon Martín</i>	
VECINOS	59
<i>Carmen Frías German</i>	
SOLARA	66
<i>Esther Peral Nuño</i>	
AUSENTE	74
<i>Victoria Lozano Jurada</i>	
LA TÍA IRENE	80
<i>Raquel Sanz García</i>	
¡AY DIOS!	88
<i>Lola Mento</i>	
MOMENTO CUCO	97
<i>Rocío Galea Tena</i>	

EL ÚLTIMO DÍA
ENRIQUE SÁNCHEZ FERRERA

ENRIQUE SÁNCHEZ FERRERA
(Torrejón de Ardoz, 28 de febrero de 1959)

Él buscaba las perdidas regiones de sus sueños y sentía nostalgia por los días de su niñez. Después encontró una llave, y me inclino a creer que logró utilizarla para sus extraños fines.

Howard Phillips Lovecraft, «La llave de plata»

Uno de enero de 2023

Era el último día del año. Estaba solo en casa y no quería estar en ningún otro sitio.

Las ocho de la tarde.

Cenaría a las diez y vería la tele hasta dormirse o, al menos, eso pensaba. Dos *tappers* de comida preparada. También se había provisto de una botella de Jack Daniel y un paquete de 1 mínima, el tabaco que había fumado hasta que lo dejó en 2018.

Poniéndose las zapatillas miró encima del armario y, sin saber por qué, bajó la caja de las navidades pasadas, así la llamaba acordándose de Mr. Scrooge y sus fantasmas. Había olvidado el tiempo que hacía que no la tocaba. La llevó hasta la mesa de la cocina y empezó a sacar cosas.

Puso todos los corchos que simulaban montañas y todos los árboles y palmeras, que, realmente, eran del Belén. Había una bolsa de serrín y la vertió entera. Lo extendió todo y recolocó las montañas y los árboles. El olor a serrín lo llevó un momento a la carpintería del sr. Luis, vecino de otro tiempo. Del cajón sacó el papel de aluminio e hizo un río que colocó en diagonal sobre la pradera recién creada.

Revolviendo en la caja entre todos los muñecos que había, encontró el que había sido, cuando niño, su vaquero favorito. Una figura de plástico color marfil con las piernas abiertas para encajarse en un caballo. El pistolero tenía una mano levantada con la que giraba el lazo por encima de su cabeza, solo que nunca había tenido la cuerda, se había quedado con la mano cerrada, el puño que tan bien había empleado en muchas peleas por las cantinas y en otras aventuras. Lo miró un rato largo, extrañado y preguntándose qué hacía entre todas las figuras del Belén. Evocó las historias inventadas para él hacía tanto tiempo ya. Recordó, a su vez, una manta marrón que su madre

tenía para planchar y que, para él, había sido una gran montaña junto con los corchos. Parecía que había pasado una eternidad desde aquellas tardes junto a ella, junto a mamá, mientras fuera llovía y la música de «A summer place», de Percy Faith Orchestra, sonaba en la radio, en el programa de consultas radiofónicas de la señorita Francis. Ahora le parecía ver los cristales llenos de lluvia, un poco empañados por dentro, las gotas, que resbalando paralelas echaban carreras a sus ojos de niño, y sentía aquel olor inolvidable del vapor de la plancha, señal inequívoca que ya por fin estaba en casa cuando volvía del Grupo Escolar en invierno, ya oscuro.

Como movido por un resorte se metió de cabeza en la caja buscándole su caballo. Allí estaba, precioso, con una montura hecha a medida para él, marrón, tenía una pata levantada y la cabeza un poco ladeada. Ahora sabía que estaba haciendo el paso español, porque realmente era el caballo del rejoneador de una plaza de toros que había compartido con sus tres hermanos, allí en la casa encima

del bar donde vivieron. Con el tiempo desaparecieron toros y toreros, pero el caballo nunca se fue, había nacido para reencontrarse con él. Tenía las crines y la cola larga, el cowboy encajaba en la silla de montar como un guante. Los unió de nuevo, casi cincuenta y cinco años después. Le recorrió un escalofrío por la espalda.

Cogió el muñeco montado a caballo y lo dispuso sobre la pradera llena de montañas, cactus, árboles, serpientes, alimañas y con un profundo río que la cruzaba. Lo hizo cabalgar como solía, agarrándolo por la espalda, cogiendo simultáneamente jinete y montura, moviéndolos ora al trote ora al galope por aquel día tan caluroso, de cielos tan despejados que parecía que el sol iba a abrasar todo aquello que alcanzaba a ver.

Ensimismado, estuvo moviéndolos por lo más inhóspito de aquel paraje. Dio un largo rodeo buscando el mejor sitio para vadear el río. Cuando lo logró, el día había avanzado tanto que ya apuntaban algunas estrellas y,

a lo lejos, abundaban los amarillos, naranjas y violetas en un precioso cielo azul. Llegando, por fin, a las montañas buscó cobijo en el lugar más resguardado que pudo encontrar, hizo una fogata, liberó al caballo que se puso a pastar cerca y cenó apoyado en su silla de montar.

Se hizo de noche y se levantó un poco de aire fresco.

Cuando miró al cielo, se dio cuenta que nunca antes había visto tantísimas estrellas.

EL CASTIGO
PATRICIA OLIVA

PATRICIA OLIVA
(Alcalá de Henares, 18 de abril de 1990)

Cuídate de los que saben escribir, pues tienen el poder de enamorarte sin siquiera tocarte.

Julio Cortázar.

Llamó al hombre por teléfono y le confirmó lo que ya sabía. La mujer temblaba mientras escuchaba a esa persona despotricar y amenazar, ella asentía mientras contenía las ganas de llorar y derrumbarse. Al final, colgó tras un «lo siento mucho...» y se fue a la cocina a seguir con la tarea, ignorando a la personita que estaba en el salón, totalmente estática, esperando una reprimenda.

Su madre no dijo ni hizo nada, siguió lavando platos mientras se daba, por fin, el lujo de llorar. Los temblores no habían cesado, pero al escuchar pasos acercarse se incrementaron. La niña estaba parada en el marco de la puerta sin atreverse a pasar.

—Mamá... lo siento.

—Ve-vete a tu habitación.

—Pero yo no fui... empezaron ellos... Yo solo me defendí.

—Vete — cortó la madre.

La pequeña al ver que no iba a conseguir nada se fue de allí lo más rápido que pudo.

¿Cómo habían llegado a esto? Al principio pensó que el miedo se iría solo, que se acostumbraría a la situación y acabarían aceptándola; en otras palabras, quería ser feliz, pero no lo era en absoluto. Los problemas en el colegio crecían y crecían ¿Cómo defiendes a tu hija cuando sabes que los demás tienen razón?

Su idea inicial fue que estudiara en casa, lejos de la gente normal, para protegerla. Pero ella había insistido en salir, ver el mundo, no quedarse entre las cuatro paredes de su habitación.

—¿Qué he hecho? — se lamentó.

Si al menos tuviera a alguien con quien hablar... pero no había nadie, estaba sola. Su marido la había abandonado nada más nacer «eso», amigas ya no tenía, ni padres... Estaba sola, completamente sola.

Se quedó sentada en el suelo de aquella cocina mal iluminada que ya empezaba a necesitar arreglos que no podía permitirse. De nuevo escuchó pasos bajar y dirigirse hacia ella, pero esta vez la pequeña entró en la cocina y se sentó a su lado.

—¿Puedo salir fuera?

—No... estas castigada.

—¿Quieres que juguemos a un juego de mesa?

—Tengo cosas que hacer... vete a tu habitación a jugar, en silencio. — Ella, obediente, suspiro y subió de nuevo hasta desaparecer de su vista, siempre era igual.

La noche llegó, ambas cenaron por su lado, la niña en

su cuarto y la madre en el salón. En silencio.

Llegó la hora de irse a dormir. Arrojó a la niña sin cuidado.

—Mamá, es pronto ¿puedo ir a ver la televisión contigo?

—No, es tarde, duérmete.

—Pero no estoy cansada...

—Si cierras los ojos te dormirás. — Apagó la luz y salió cerrando la puerta.

En el pasillo oscuro se quedó mirando la nada, esto podría tratarse de una especie de broma cruel, sí, eso era ¿Cómo iba a ser esto la realidad? No podía ser... los monstruos no existían, y ella lo era.

—Mamá... — La puerta se abrió y una mano peluda la tomó de la pantorrilla suavemente. — ¿Crees que podrías... leerme un cuento?

Miró a aquella monstruosidad con ocho patas peludas y cabeza de muñeca de porcelana. Una ira, hasta ahora desconocida, se apoderó de ella y, agarrando uno de los trofeos que había conservado de su marido le golpeó la cabeza.

—¡NO ME TOQUES! — gritó mientras la golpeaba una y otra vez sin detenerse, hasta que dejó de escuchar llantos o súplicas y se incorporó para ver su obra. La cabeza había quedado completamente destrozada. Ahora solo veía un cuerpo de araña con sus patitas moviéndose lentamente hacia dentro.

Había hecho lo correcto, era un monstruo.

ESTOY AQUÍ
ANA URQUIJO CUESTA

ANA URQUIJO CUESTA
(Madrid, 24 de marzo de 1967)

Mi vida son mil historias. La música, la banda sonora de cada una de ellas.

El viento soplaba en aquella tarde gris de diciembre. Lola había terminado de hacer la compra y ahora se dirigía al coche con sus dos pequeños. Llegó cargada como de costumbre, los brazos ya no daban más de sí y la piel de sus dedos se hundía con el peso de las bolsas.

Sentó a la pequeña en el carrito y colgó con cuidado la compra para que el peso no lo hiciese vencer. El niño jugaba con el balón sin perder de vista a su madre.

—Oscar, cuidado, que se te puede ir a la carretera.
— Apenas pronunció su advertencia, la pelota salió disparada hacia los coches —. ¡CUIDADO, NO CRUCES!
—gritó la madre.

Un auto la esquivó evitando subirse a la acera.

Al soltar el carro para detener al niño, el cochecito

cayó hacia atrás. Las bolsas de la compra habían servido de amortiguador y Clara no sufrió ningún daño, solo se llevó un susto. Eso sí, no sabía qué podría haberse roto, los huevos iban en la parte de arriba. En casa lo comprobaría. No tenía tiempo de más. Estaba deseando llegar, dejar la compra, bañar a los niños, hacer la cena y sentarse a descansar una vez que los hubiese acostado.

Entró en la urbanización donde había aparcado. Los arbustos, zigzagueantes, rodeaban el parking.

Cuando llegó, se dispuso a bajar la compra del carrito, sacó a la niña y abrió el maletero.

—No os mováis, que voy a meter todo esto en el coche.

Una de las bolsas chorreaba. Lola, con los ojos en blanco mirando al cielo, maldecía la situación. ¿Cómo podía acabar siempre así? No escarmentaba. Tenía que haber dejado a los niños con alguien e ir sola a la compra.

Dobló el cochecito y, sacando fuerzas sin saber de dónde, lo alzó y lo colocó en el maletero con cuidado para no aplastar la comida.

—Venga, niños, al coche.

Al dar la vuelta, se quedó en silencio durante unos segundos.

—¡Clara! ¡Clara!, ¿dónde estás? — Buscó con la mirada — Oscar, ¿dónde está tu hermana?

El pequeño de cuatro años se encogió de hombros aferrado a su balón.

Ya había anochecido y apenas era un poco más de las seis de la tarde. El viento soplaba con fuerza y los árboles parecían doblarse queriendo tocar el suelo, aquel silbido era inquietante.

Comenzó a llamar con insistencia a la pequeña. Se alejó un poco del auto. Los arbustos de un metro de altu-

ra se abrían en varios caminos. ¿Por dónde habría tirado? Solo tenía un año, no era capaz de verla entre los setos, era muy pequeña.

No quería moverse del lugar, debía andar por allí cerca, es casi un bebe. Antes de desandar el camino de vuelta al supermercado, ordenó a Oscar no moverse de allí por si aparecía su hermana.

Era curioso, las seis de la tarde y no había nadie en la calle. El silencio era absoluto. Maldijo los setos serpenteantes que ocultaban los pasadizos de ese barrio.

—Clara, Clara, por dios, ¡que no es un juego, cariño! Contéstame.

Entre el silbido del viento, la madre oyó, o eso le pareció a ella, un «Mami, estoy aquí». El sonido de la puerta de un portal que se cierra le hizo girar la cabeza. Nadie.

A dos metros, al doblar la esquina, estaban unos

chavales de unos catorce años fumando a escondidas. Les preguntó angustiada:

—¿Habéis visto a una niña pequeña de un añito con un vestido azul?

La ignoraron por completo.

Un coche aparcado delante del suyo arrancó. Corrió tras él, pero no llegó a alcanzarlo, solo quería saber si alguien la había visto.

Más oscuridad y silencio. No dejaba de llamarla, pero poco a poco su voz se iba quebrando. A su vez, Daniel, en bajito, pronunciaba el nombre de su hermana: «Clara, Clarita».

Su mente estaba bloqueada, no sabía qué hacer... el pensamiento que estaba intentando evitar, finalmente salió disparado y le atravesó el corazón.

Sus manos temblorosas cogieron la del pequeño y

comenzó a gritar.

—¡SE LA HAN LLEVADO! ¡SE LA HAN LLEVADO!

RECONVERSIÓN

ESTHER TOPISTO

ESTHER BARRIONUEVO ESCRIBANO
(Madrid, 1977)

La mayoría de veces esquivé la suerte, pero unas pocas,
las importantes, conseguí abrazarla fuerte.

Un Mazda azul metalizado circulaba haciendo ruedas en la calle Bailén y tomaba la calle Toledo hacia abajo adelantando por la derecha.

—¡No pares ahora, sáltate el semáforo!

—¡Dale, dale, que vienen!

Sin parar en la rotonda, se incorporó bruscamente a la M-30 elevándose mínimamente del suelo y rozando el lateral derecho con la pared del túnel. Una vez estabilizado, el vehículo redujo la velocidad hasta mimetizarse con el resto del tráfico.

—¡Creo que los hemos perdido! —gritó Mabel mirando hacia atrás.

—No cantéis victoria tan pronto. Y mantén perfil bajo, Sira —indicó Leonor.

Siguiendo las indicaciones del GPS, Sira fijó rumbo a la A-1 y condujo sin altercados hasta un hotel de Sepúlveda.

—De buena nos hemos librado —dijo Leonor reposando la espalda sobre la cama.

—Yo no repito —dijo Sira.

—Muchas gracias, chicas —agradeció Mabel.

A la mañana siguiente se deshicieron del coche y compraron ropa nueva, cambiaron de peluca y buscaron un sitio para desayunar.

—¿Estáis seguras de que podemos cruzar la frontera sin que nos pille la policía? —preguntó Sira.

—Sí, te lo garantizo. — La tranquilizó Leonor.

—Le echo de menos —lloró Mabel.

Las dos amigas la abrazaron y le dieron ánimo,

pero en seguida se pusieron en marcha de nuevo. Con-
guieron un coche discreto y trazaron una nueva ruta por
carreteras secundarias.

—Tengo que llamar a mi madre, ahora vuelvo —
informó Mabel.

Leonor y Sira se miraron preocupadas. No era bue-
na idea.

Leonor era bombera forestal en la comunidad de
Madrid, Sira mecánica de coches de Fórmula 1 y Mabel
ingeniera de caminos; se conocían desde el colegio. Ha-
bían vivido las venturas y desventuras de cada una siem-
pre juntas hasta que Mabel conoció a Sebastián. Al prin-
cipio ella estaba encantada con él y las demás también,
parecía un chico encantador. Ya no la veían tanto como
antes, pero ella parecía muy feliz. Enseguida tuvieron un
hijo y a partir de ahí la cosa se puso fea. Que si «ya no me
haces caso», que si «solo tienes ojos para el niño», que si
«mala madre», que si «te muelo a palos».

Siguieron su camino, cada una sumida en sus pensamientos. Mabel pensaba en el lío en el que acababa de meter a sus amigas, el miedo que le daba todo aquello y lo mucho que echaba de menos a su hijo. Sira pensaba que su amiga era idiota. Tanto que se vanagloriaba de empoderada y se había convertido en un auténtico pelele sumiso. Con lo a gusto que estaría con su nueva novia ahora mismo en lugar de conducir sin rumbo fijo. No obstante, no podía evitar ayudar a su amiga. Leonor trataba de pensar en el próximo movimiento, y maldecía el momento en que se le ocurrió organizar una quedada de dobles parejas para que Rafa, su ligue de entonces, trajera a su amigo Sebastián y conociera a Mabel.

De repente algo apareció en la carretera y Sira pegó un volantazo. Gracias a sus habilidades consiguió esquivar al ciervo, pero el coche acabó chocando contra un árbol. Ellas salieron un poco magulladas, pero el vehículo tuvo peor remedio.

—Nos hemos quedado sin carburador. Hay que reemplazarlo.

Sin mapa ni cobertura se metieron en el bosque a buscar un núcleo urbano cercano.

Sebastián les seguía la pista, pues tenía sus métodos para conseguir información. El dependiente de vehículos de ocasión le facilitó la matrícula del coche de las tres mujeres. Buscó en la base de datos y descubrió que una cámara las había detectado a la altura de Aranda de Duero.

Las tres continuaron por el monte hasta que divisaron una luz en mitad de la nada. Llamaron a la puerta y apareció un tipo con gafas y camisa de cuadros.

—Estamos buscando un taller —dijo Leonor.

—Por aquí no hay ninguno cerca. El más próximo se encuentra a unos veinte kilómetros, pero no creo que esté abierto.

—Y ¿hay algún motel por aquí cerca?

—No, es la única cabaña en diez kilómetros a la redonda.

—¿Habría alguna posibilidad de que nos alojases esta noche? Podemos dormir en el suelo.

—No sé, tengo que consultar a mi madre que está arriba. Pasad si queréis y esperad a ver qué le parece.

Las tres se sentaron en el sofá y aprovecharon para descansar un poco. En la tele daban las noticias, y después de hablar de la crisis económica, apareció una fotografía de Mabel con ojeras de oso panda y la mirada perdida. «Secuestra a su hijo y se da a la fuga», decía el titular en la parte inferior de la pantalla. «Se cree que puede estar relacionado con el alunizaje de una joyería en Puerta de Toledo», explicaba. Mabel se quedó atónita, y Leonor reaccionó rápidamente cambiando de canal.

—¡Me cago en mi vida! El muy cabronazo ha usa-

do la foto del resacón del Primavera —se quejó Mabel tapándose la cara con las manos.

Pasaron unos minutos y les empezó a extrañar que el tipo no bajase a decirles algo. Escucharon una conversación en la parte de arriba, pero se oía a un volumen muy bajo.

Sira decidió subir a husmear con cuidado de no hacer sonar las escaleras de madera. Cuando llegó arriba, miró en la habitación de la derecha, estaba vacía. Continuó por el pasillo, la siguiente habitación estaba cerrada. Sacó una de sus herramientas y, al abrir la puerta, contempló estupefacta un estante con botes de cristal que contenían diferentes tipos de manos y pies. Todas tenían las uñas de los dedos perfectamente pintadas. La conversación que escuchaba no era más que una grabación.

Con los ojos desorbitados, volvió sobre sus pasos y bajó las escaleras todo lo rápido que pudo, pero al llegar a la planta de abajo vio que el dueño de la casa estaba salien-

do de la cocina portando un cuchillo carnicero. Se acercaba sigilosamente al salón donde esperaban sus amigas.

Comenzó a escuchar unos gritos y, sin pensar muy bien lo que hacía, se acercó corriendo a la cocina para buscar algún tipo de arma, se abalanzó sobre el psicópata y le endiñó con la pata de jamón que había en la encimera. Lo dejaron inconsciente y salieron corriendo de la casa a la densidad del bosque.

Las tres estuvieron andando más de dos horas, pero finalmente vieron unas luces. Nada más cruzar el cartel de Arevalillo de Calatrava notaron sus movimientos ralentizados. Parecían moverse a cámara lenta. Les costó media hora recorrer cien metros. Por fin volvieron a su velocidad normal y al llegar a la plaza del pueblo vieron una gran cantidad de gente en torno a algo semejante a un estudio de grabación.

—¡Ah, perdonad las molestias! Es que estábamos en *slow motion* —dijo el que parecía ser el director.

Les explicaron que eran gentes muy cinéfilas y que una vez al año convertían el pueblo en un escenario de grabación. Habían mantenido su avance tecnológico fuera del conocimiento popular porque temían que cayese en las manos equivocadas. Estaban reproduciendo *Funny Games*, de Haneke. Las tres amigas no daban crédito a lo que acababan de oír, y por salir del paso a Mabel se le ocurrió decir:

—No soy muy fan de Haneke, pero está muy bien todo esto que tenéis aquí montado.

De repente el pueblo entero quedó en silencio y un foco de luz se posó sobre Mabel. Como si se tratase de un único ente colectivo, el conjunto de los habitantes puso los ojos en blanco y clamando al cielo con la cabeza hacia arriba suspiró al unísono. Luego clavó su mirada sobre ella y la rodeó en un círculo amenazante. Por un momento Mabel se sintió encerrada en aquel corro inquisidor y por sus caras inexpresivas sintió que los habitantes se metían

en el papel de vecinos psicópatas. Salieron todas corriendo como pudieron, pero de repente se volvieron a encontrar en la plaza con Mabel repitiendo las mismas palabras nefastas: «No soy muy fan de Haneke», y otra vez, «No soy muy fan de Haneke». No podían salir de aquel *loop*, el pueblo no paraba de rebobinar y siempre volvían a la misma escena. «No soy muy fan de Haneke». Al final, Leonor y Sira se dirigieron a un par de mujeres que mostraban gestos menos hostiles y entablaron una conversación sobre las maravillas de *Amanece que no es poco*, acto que pareció calmar al resto de la comunidad que acabó finalmente perdonando la estupidez de Mabel.

—Es que es ingeniera de caminos —concluyó Leonor.

—¡¡¡Ahhhh!!! —Se oyó el murmullo general. No había más que decir.

—Continuad por el sendero de baldosas amarillas y llegaréis a Ozuelo de la Sierra. Son muy agradables en

ese taller, seguro que quedáis satisfechas.

Sebastián había encontrado en mitad de la carretera un Seat León con la matrícula que perseguía. Después de registrar el coche determinó la trayectoria que podrían haber tomado. Llegó caminando a una cabaña en el bosque y al llamar a la puerta abrió un joven con gafas. Le preguntó si había visto a tres chicas por la zona.

—Sí, me han agredido —dijo el dueño de la casa.

Sebastián entró con la excusa de tomarle declaración.

—Siéntese, por favor, ¿Quiere tomar algo? —Le ofreció mientras se dirigía a la cocina.

Esperó pacientemente en una butaca colocando las manos en los reposabrazos. En poco menos de diez segundos el cuchillo carnicero rebanaba la mano de Sebastián. Los gritos y forcejeos se sucedieron vertiginosamente y una serie de golpes, cuchilladas y disparos dieron como

resultado un cadáver en el suelo del salón. Sebastián se vendó la mano como pudo, se llevó los medicamentos que encontró por la casa y continuó su camino con la poca información que había sacado.

Las tres amigas siguieron las indicaciones de las buenas gentes de Arevalillo y el olor a leña y a pan recién hecho las condujo a la panadería del pueblo. Por el camino se iban encontrando personas que las saludaban amablemente. Las panaderas les dieron la bienvenida a su tienda y les enseñaron la variedad de panes que ofrecían. Todos estaban hechos con masa madre. Les dieron a probar unos cuantos, estaban deliciosos, nunca habían probado un pan igual. Leonor le dijo a Juliana, la panadera, que le recordaba al pan de la Benita de cuando estuvo de inventarios forestales en Gradefes, justo después de terminar la carrera, pero que estaba incluso más bueno.

—Lleva un ingrediente secreto, pero si te lo dijera tendría que matarte —dijo Juliana la panadera con una

sonrisa.

Todas rieron y disfrutaron del pan. Aprovecharon ya para desayunar allí. Decidieron que era un buen lugar para ocultarse algunos días. Estaban a gusto y a nadie parecía importarles de dónde venían. Era un pueblo distinto, en su mayoría poblado por mujeres y con todo tipo de servicios y comercios. Nunca habían oído hablar de él.

Sebastián llegó por fortuna a la entrada de un pueblo. En cuanto traspasó la señal que indicaba Arevalillo de Calatrava se encontró de repente en el centro del pueblo. No entendía cómo había llegado hasta allí, como si fuera a cámara rápida. Observó la que tenían allí montada sus habitantes y alguien con gorra y chaleco le explicó lo que estaba ocurriendo. Se quedó allí perplejo observando el rodaje e intentó integrarse para conseguir información. Después de un rato de conversación con uno de los guionistas, acabó diciendo:

—Bueno, en realidad Haneke es un poco trampo-

so, ¿no? Me refiero al momento *rewind*. — El pueblo se quedó en silencio y un foco iluminó la cabeza de Sebastián.

Las amigas estuvieron en Ozuelo de la Sierra lo que les pareció una semana. Leonor se hubiese quedado a vivir allí, estaba completamente fascinada con las habitantes del pueblo, le habían enseñado las variedades de semillas que habían desarrollado en el laboratorio y cómo habían conseguido comunicarse con los árboles a través de un sistema de micorrizas que se extendía bajo el suelo de todo el terreno. Ya no consumían apenas carne, y su sociedad era completamente sostenible; Sira había descubierto el taller del pueblo. Enseguida trabó amistad con Dominga, la mecánica, la cual guardaba en la trastienda una joya oculta: se había hecho con una réplica del *De-lorean* que habían subastado en Arevalillo de Calatrava y había conseguido descifrar los secretos del condensador de fluzo. Mabel, sin embargo, echaba muchísimo de menos a su hijo. Podía imaginar lo feliz que habría sido allí si

hubiese conseguido traerles a él y a su madre.

Sebastián había conseguido salir del pueblo, no sin antes pagar peaje por su impertinencia: un nuevo órgano cercenado. Mientras escuchaba horrorizado la conversación que el agresor mantenía a lo lejos con su recién rebanada oreja izquierda, se introdujo torpemente por el camino de baldosas amarillas.

Los sensores del pueblo detectaron la presencia de alguien que se acercaba. Al pasar por el escáner, Sebastián hizo saltar todas las alarmas. Juliana, la panadera, dio el aviso a través de su sistema de comunicaciones.

No había más remedio que poner en marcha el plan que las tres mujeres, con ayuda de las habitantes del pueblo, habían trazado con anterioridad para activar en caso de ser necesario. Sira había implantado el condensador de fluzo en un Seat 127 que tenían medio abandonado en el taller, y así Leonor podría volver al momento en el que Rafa le proponía presentar a Mabel y Sebastián y anular

la cita. Nunca se conocerían y evitarían todo este drama. Mabel lloraba desconsolada al saber que su maravilloso hijo quedaría borrado de la faz de la tierra. Leonor y Sira tampoco querían olvidarse del maravilloso pueblo en el que vivían, ni de Juliana y Dominga, pero no se les ocurría otra alternativa.

Juliana observaba sola en el panel de control las letras luminosas que parpadeaban. Especie: *Homo sapiens*. Origen: *Caucásico*. Personalidad: *Perverso narcisista esencialmente violento*. Cuando el ordenador terminó de medir todos los parámetros de estudio del sujeto en cuestión, el mensaje que apareció en la pantalla fue claro. Verdicto: *RECONVERSIÓN*.

Sebastián entró al pueblo y el olor a pan le llevó hasta la panadería. Probó unos cuantos panes y degustó su sorprendente sabor. Para iniciar conversación y conseguir información sobre Mabel comentó que nunca había probado algo igual, y al preguntar por la receta, la panadera le

confirmó que llevaba un ingrediente secreto:

—Fermento de Morabia —concluyó Juliana.

NOS TENEMOS QUE IR
MARÍA MARGARITA RASQUIN

MARÍA MARGARITA RASQUIN
(Caracas, 20 de julio de 1955)

Transito por la literatura, el arte y los espacios abiertos,
estimulando los sentidos y disfrutándolo todo.

—Nos tenemos que ir —dijo ella—. Tengo miedo.

Fue un susurro.

El sonido del proyectil completó la frase.

De nuevo esa voz, esa pesadumbre que cada día menguaba nuestro furor y valentía, la ilusión de triunfar.

Desperté, seguimos allí, con el mismo miedo. ¿A qué? a todo: ver el sol, estar en la sombra, salir y no llegar, no ver el futuro. Ser uno más, o uno menos.

Era el sentimiento común, lo veíamos en la sonrisa opaca y forzada que todos llevaban.

Quién es ella, quién es esa voz llena de espanto que nos induce a la huida y nos hunde en un total desasosiego. Una voz vencida, que no quiere ver más víctimas en el

pavimento.

Salieron victoriosos, venció el miedo, el cansancio
y la desesperanza.

Un día, ese susurro fue un clamor: ¡Nos tenemos
que ir!, dijeron todos.

Y lo hicieron.

**DE NIÑO SIEMPRE
SONABA
CON DRAGONES**
CHON MARTÍN

CHON MARTÍN
(Daimiel, 30 de abril de 1966)

Cincuenta y siete años. Cada arruga que dibuja mi cara es una historia escrita en mi corazón.

Recuerdo una noche de primavera, me había quedado dormido abrazado a mi cuento favorito: se trataba de la historia de un joven y un dragón. Mi padre me la contaba antes de irme a dormir. Un día, me dio un beso y me dijo que se marchaba. Cuando le pregunté por qué se iba, me contestó que tenía que aprender a volar sobre un dragón, como el protagonista del cuento. Yo me sentí el niño más feliz y especial del mundo, porque ninguno de los padres de mis amigos sabía volar sobre dragones.

Los brazos de mi madre al levantarme y apretujarme contra su pecho, unido al ruido ensordecedor de las sirenas, me despertaron. Mi madre bajaba corriendo las viejas escaleras de madera tan deprisa como mi peso le permitía. A cada paso que daba, los escalones le contestaban con un seco y chirriante crujido. Salimos del portal.

La calle estaba en tinieblas. Los vecinos más rezagados corrían, como nosotros, a refugiarse donde buenamente podían.

Nuestro refugio era el sótano del colmado del señor Manolo, donde el olor a vino de grifo se mezclaba con el del chorizo, queso y demás manjares que escaseaban en mi casa. El resto de vecinos ya estaban allí. Nadie tenía reservado el sitio donde colocarse, pero como si se tratara de un pacto silencioso, el rincón que fuimos escogiendo cada uno de nosotros el primer día fue respetado.

Sentados sobre unas cajas de madera estaban la señora Luciana y su esposo, el señor Clemente. No sé qué edad tendrían, pero yo los recuerdo siempre viejos. Él, con sus pantalones de pana llenos de remiendos, la boina negra sobre la cabeza que, en los momentos donde lo atenazaban los nervios, se la quitaba para estrujarla entre las manos. Ella, vestida de negro, con sus zapatillas de paño del mismo color, y sobre la cabeza un pañuelo anudado al cuello

que se ponía siempre que salía a la calle. Con los dedos recorría las cuentas de un rosario desgastado por el paso del tiempo, a la vez que movía la boca al son de una letanía silenciosa.

Sentada sobre un saco de alubias, estaba Paquita. Entre sollozo y sollozo abrazaba y besaba una fotografía de un joven vestido de militar. Su hermano Fernando, alejado del resto y protegido por los sacos de patatas, se sentaba en el suelo con las piernas flexionadas y los codos apoyados en las rodillas, mientras sujetaba su cabeza con las manos balanceaba el cuerpo atrás y adelante. Todos en el barrio cuchicheaban a sus espaldas: desde que había regresado herido del frente no estaba bien de la chaveta.

Por último, el señor Manolo, su esposa doña Flora y mi madre, que me seguía sosteniendo en brazos, sentados sobre las cajas de los sifones. Mi padre era muy amigo de Jacinto, el hijo del señor Manolo y doña Flora. En cierta ocasión, les oí comentar a los tres que Jacinto estaba con

mi padre. «¡Seguro que también se había ido a aprender a volar sobre dragones!», pensé feliz.

La oscuridad era total. Las ventanas superiores que rozaban el techo y tocaban la acera de la calle estaban apuntaladas con madera. El silencio podía oírse. Pero la tensa calma que reinaba en el sótano comenzó a romperse por el zumbido lejano de unos motores. Todos se tensaron. Mi madre me agarró más fuerte para impedir que me soltara de sus brazos. Sabíamos que en cualquier momento el suelo volvería a temblar al chocar contra estos los obuses que escupían los aviones enemigos.

—Escuchad-, dijo el señor Manolo, tan bajo que apenas se le podía oír.

—Yo no oigo nada diferente —contestó mi madre.

Pero ese sonido que decía el señor Manolo, y que apenas era audible para el resto, fue haciéndose cada vez más fuerte y cercano.

—¡Son los nuestros! ¡Son los nuestros! —repetía una y otra vez el señor Manolo, rompiendo su habitual tranquilidad —. El sonido es más ronco. ¿No lo diferenciáis?

Todos se miraron, y un ruido atronador sonó sobre nuestras cabezas.

El señor Clemente estrujaba tanto la boina que parecía que la iba a partir en dos, la señora Luciana se santiguaba una y otra vez, Paquita se quedó con la fotografía pegada en el pecho, y hasta Fernando dejó su baile repetitivo.

—¡Válgame la virgen y todos los santos juntos! — dijo una emocionada doña Flora.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Sí —contestó temblorosa mi madre. —. Mi marido y Jacinto pueden estar ahí arriba.

Al oírlo me solté de sus brazos y me fui corriendo a mi lugar favorito. Me aupé en una caja. A través de una pequeña rendija que yo había descubierto el primer día que bajamos a refugiarnos, intentaba ver lo que ocurría en el exterior. Entre madera y madera se filtraban unos destellos de luz, que en ocasiones iluminaban levemente el sótano. El cielo parecía que iba a resquebrajarse. Era como si una enorme quitanieves pasara arrastrando las nubes.

Los ojos los tenía abiertos, muy abiertos, al igual que la boca. El cuerpo no lo sentía, estaba paralizado de la emoción. Mi padre y Jacinto volaban sobre sus dragones; no los veía, pero estaban ahí fuera, luchando. Yo estaba seguro de que saldrían victoriosos, porque ¿quién era capaz de vencer a los dragones?

VECINOS
MARÍA DEL CARMEN FRÍAS GERMÁN

MARÍA DEL CARMEN FRÍAS GERMÁN
(Madrid, 3 de febrero de 1967)

Apasionada de las artes, la naturaleza y buscadora del bien. Aprendiz de cuentos.

— Laura, recuerda que hemos quedado con los vecinos del tercero, son los únicos que faltan por confirmar la construcción de la rampa.

— Sí, sobre las 20.00, arriba. Me pidieron que fuera al anochecer.

En la azotea respiras de otra manera, desconectas. Un ratito de silencio, un mini oasis, casi tocas las estrellas. Una mesa de madera desgastada, ocho sillas y dos hamacas componen el mobiliario. Acompañan dos farolas colocadas en cada extremo y unidas por una guirnalda de colores, pero hoy no funcionan.

La luna llena hace que se pueda vislumbrar algo.

Laura y Pablo son los primeros en subir, no conocen a los del tercero.

— ¡Hola, ya estamos aquí! —anuncia una voz ronca.

Laura y Pablo se estremecen, se quedan atónitos, paralizados.

La voz ronca vuelve a resonar:

— Nos sentamos si os parece.

Un escalofrío les recorre el cuerpo, no saben si sentarse o salir corriendo, por educación deciden lo primero. Se sujetan a los brazos de las sillas por si deciden coger impulso; empiezan a dudar por la falta de luz, pero no, en la camisa de él se ve una mancha.

La voz ronca se eleva.

— Explicadnos el proyecto, pero ya os adelanto que nosotros no necesitamos rampa, bajamos directamente al garaje.

— Sí, nosotros también... —afirma Laura con voz

débil —. Pero es por facilitar el acceso a la vecina del segundo, la ley dice que es obligatorio y, como va a ser una consulta formal, vamos a abrir acta.

Pablo, tembloroso, abre su libro. Esto de ser el presidente de la comunidad lo está agotando, lo de hoy le supera.

La voz ronca vuelve a resonar:

— Sí, hemos conocido a la vecina hace un rato, la hemos ayudado. —Ahora murmura bajito—. No creo que sea necesaria esta consulta.

Pablo y Laura se buscan a escondidas. Observan que ellos también los miran, ladeando el cuello en movimiento sincronizado.

Una áspera frase retumba en el silencio de la noche, pero esta vez es ella:

—¿De todas formas quién pagaría el proyecto y la

construcción? ¿Tenemos algún tipo de subvención?

Pablo le indica que será la Comunidad de vecinos quien se hará cargo de los gastos, les muestra los planos y un presupuesto.

Laura observa a la extraña pareja, se vuelve a fijar; sí, la camisa está empapada de sangre, gotea, en la boca hay algo. La mujer lo mismo, la blusa está rasgada por detrás, también manchada.

No puede más. Intenta detallarlos. Son de color blanco azulado; su piel transparente deja ver las venas que son de color negro y, abultadas, sobresalen del tejido formando unos dibujos serpenteantes; los dos extremadamente delgados, altos y ligeramente encorvados; su ropa con total seguridad no es del Zara de esta temporada.

Por última vez, el hombre anuncia:

— El presupuesto parece que corresponde. Como todos los vecinos están de acuerdo, pues estamos confor-

mes. No hace falta firma. Ahora mismo os dejaremos una señal.

P.D. Puedes tener muy cerca a alguien que absorbe hasta tu sangre.

Sigue en construcción.

SOLARA
ESTHER PERAL NUÑO

ESTHER PERAL NUÑO
(Puertollano, Ciudad Real, 22 de junio de 1960)

El hombre nunca sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta.

Charles Dickens

Cuando el fino viento de invierno se colaba por las rendijas de la ajada madera de las ventanas, Solara se acurrucaba bajo las sábanas e intentaba, inútilmente, dormir. En la estrecha habitación apenas había espacio para su pequeña cama y una mesita de noche.

No había sido su intención perderse, ni siquiera tuvo muy claro por qué salió esa tarde de casa cuando el sol ya se escondía tras los bloques de ladrillo rojo al otro lado de la calle. Caminó despacio, con pasos cortos, de vez en cuando se sujetaba la falda colocando una mano delante y otra detrás para evitar que el aire la levantase y dejase a la vista sus bragas. No se cruzó con nadie, la calle permaneció desierta durante mucho rato. Un coche que pasaba por la calzada le hizo volver la cara, el largo pelo rubio alborotado por el viento le tapó los ojos, impidiéndole ver más.

Solara siguió su incierto camino. La tarde se hizo oscura. La casa quedaba lejos, no era capaz de calcular cuánto, no sabía dónde estaba.

Cuando las voces en la casa cambiaban de tono, Solara empezaba a ponerse nerviosa, todo el cuerpo le picaba y el aire no le entraba en los pulmones; empezaba a toser, no podía parar de toser, entonces salía de su habitación y corría por el pasillo. Al llegar al final, se quedaba paralizada ante la puerta, alzaba la vista y, poniéndose de puntillas, agarraba el pomo con ambas manos e intentaba girarlo con todas sus fuerzas, pero no se movía. Entonces se volvía lentamente hacia el interior de la casa y deshacía el camino andado hasta su diminuta habitación.

A pequeños pasos, Solara se había perdido en la oscuridad de la noche. Un segundo coche pasó a su lado y la mujer al volante volvió la cabeza para mirar a la niña, pero no se detuvo. Al volver la esquina, un hombre joven,

con gafas y escaso pelo negro se interpuso en su camino. Solara le reconoció enseguida: era Teo, el chico de la gasolinera. Ella solía ir allí con su padre los domingos que no tenía que ir al trabajo. Él se ponía aquellos pantalones de algodón gris, la sudadera de béisbol que tanto molestaba a su madre y, entre gritos y portazos, ambos salían de la casa para no volver hasta bien entrada la tarde. Entonces él la dejaba en la puerta, tocaba al timbre y, sin esperar a que esta se abriera, dejaba a su hija esperando, con un beso en la frente, hasta el próximo domingo que no tuviera que ir a trabajar.

—¡Eh! Hola, nena —dijo Teo sonriente.

Miraba a la niña a través de los sucios cristales de sus gafas. Al hablar Teo soltaba un silbido, el aire se le escapaba entre los separados dientes de su mandíbula superior que sobresalía grotescamente por encima de la inferior. A Solara no le gustaba ese silbido y miraba a Teo con recelo, pero este siempre tenía preparada alguna

golosina con la que conseguía ganarse su sonrisa. — Creo que por aquí tengo una de esas piruletas de fresa que tanto te gustan. —Y alargando su mano le ofreció a Solara una inmensa piruleta de brillante color rosa que la pequeña aceptó sin más.

Caminaron juntos. Ella se distraía con su golosina. El hombre no la perdía de vista. Al ir a cruzar la calle, Teo empujó suavemente la espalda de la niña para indicarle cuándo tenía que hacerlo. Un hombre encogido dentro de su abrigo los miró mientras se estiraba un momento para dar una calada a su cigarro.

En el otro lado de la acera, Teo se paró ante una puerta, la abrió de un empujón y con un gesto de su cabeza indicó a la niña que entrase.

Solara subió con dificultad los escalones que se alzaban ante ella seguida por el hombre. No dejaba de lamer su piruleta, sentía la miraba de Teo en su espalda, pero no la ayudó a subir, ni le habló. Estaba cansada y tenía

frío. Él se paró frente a una puerta azul, en el segundo piso.

—Vamos a cenar algo y después a dormir. — No esperaba contestación de la niña, era un imperativo. Solara sabía lo que era eso. Entró a la estancia, olía fuerte, como en la gasolinera. A través de una ventana entraba la luz roja de un neón que anunciaba algo, se apagaba y se encendía a cada poco.

Solara tuvo la sensación de que conocía todo aquello, de que había estado antes allí. Con una de las ráfagas de luz, localizó lo que parecía un sillón y se sentó a esperar. Teo se sentó a su lado. Suavemente, retiró la mano con la que Solara aún sujetaba su falda, despojándola de las bragas que ella, tan torpemente, había intentado ocultar.

Era ya mediodía cuando el padre de Solara acudió a la demolidora llamada de la que fue su mujer. La niña, que había salido de la casa la noche anterior sin que nadie se percatara de su ausencia, había sido encontrada semioculta entre las bolsas de basura, a escasas manzanas

de su domicilio.

Era un domingo de esos en los que el padre de Solara tenía que ir a trabajar.

AUSENTE
VICTORIA LOZANO JURADA

VICTORIA LOZANO JURADA
(Puertollano, Ciudad Real, 17 de abril de 1956)

A medida que maduramos en la vida espiritual, nos
sentimos más cómodos con las paradojas de la vida

Nunca ha dejado de sorprenderme Isabel con esa personalidad dulce, atrevida y tímida a la vez. Trabajadora, inteligente y de carácter fuerte. Tenía una sonrisa preciosa, de esas que salen de los ojos. Cuidaba de sus amigos y amigas, y era una guerrera incansable. Solía vestir con colores pasteles.

Nos recuerdo como dos adolescentes de catorce y quince años que sacábamos partido a todo, disfrutando de la vida en cada momento. Nos gustaba pasear y, sobre todo, ir al cine, a pesar de que teníamos que salir sin ver el final, pues nuestros padres eran muy estrictos con la hora de regreso a casa. La discoteca nos encantaba, pero solo entrábamos cuando no nos pedían el DNI.

Cuando tenía diecisiete años, su ilusión fue un chico que había conocido. En su primer año de pareja, quedamos

con ella para celebrar su cumpleaños y tomar un café en la bolera. La notamos nerviosa y con prisa de irse.

Luego, cuando nos encontramos en el trabajo, iba vestida con colores oscuros, su sonrisa se notaba forzada y los ojos se le veían tristes. Parecía cansada, insegura al hablar y comportarse.

Me parecía curioso cómo apenas era consciente del proceso de transformación de todo cuanto la rodeaba. Cuando fui a conocer a su hijo, tenía su hermosa sonrisa y la alegría en sus ojos. Era un niño precioso y muy vivaracho. Días más tarde me dijo: «Algunos ponen la felicidad como esa zanahoria en el cuento del burro: atada a un palo, colgada delante de sus ojos. Y cuando corren para alcanzarla, como es lógico, más se aleja».

Un día, sentada en el suelo tras un incidente, se notaba angustiada y le costaba respirar. Tenía que abrazarla.

— ¿De qué tienes miedo, amiga? —le pregunté.

— Siento un miedo terrorífico por dentro y por fuera.

— Ven, acércate al fuego, te has quedado fría.

Cuando estaba acompañada sus pensamientos no paraban, vivía sumergida en una profunda soledad. Sin embargo, la experiencia de sentirse tan asustada le hizo darse cuenta de que, en los momentos de silencio, cuando se quedaba sola, se sentía libre, feliz y en paz. «Créeme —le dije —, pronto volverás y serás esa mujer valiente y cariñosa que siempre fuiste».

No se culpó, no quiso seguir fingiendo ni pidió disculpas. Se eligió a ella y a sus hijos antes que a él. Y esa fue la mejor recompensa. Quizás era el momento de ajustar cuentas. Con ansiedad, comprendió dónde encajaban los pedazos que estaban rotos, las expectativas que no se cumplieron.

Tardó en tomar decisiones y se dio cuenta de que era imposible conseguir un final feliz en esta historia, por lo menos para ella.

Así que cogió una escoba y barrió los escombros que tenía en su corazón y algunos recuerdos empolvados. Tal vez solo se trataba de saltar de charco en charco hasta alcanzar el mar —se dijo— y navegar...hasta despertar.

LA TÍA IRENE
RAQUEL SANZ GARCÍA

RAQUEL SANZ GARCÍA
(Madrid, 11 de junio de 1971)

Amante incondicional de las palabras: con ellas puedes
hacer todo que quieras.

Nos mudamos a la antigua casa de la familia en diciembre de 1985. Digo antigua por los años que habían pasado desde su construcción, pero nada quedaba ya del viejo edificio que tantas veces me había descrito Irene. Tan solo la gran puerta de roble por la que se entraba a la vivienda principal había permanecido tras la remodelación diseñada por Javier. Mi novio había terminado la carrera de arquitectura el año anterior en la Universidad de Buenos Aires, y se me antojó brillante la idea de que su primer trabajo fuera el proyecto de nuestra casa. Quién mejor que él para construir nuestro futuro hogar, el inicio de nuestra vida juntos.

Su proyecto pasaba por la remodelación total del edificio. Uno a uno, se fueron cambiando todos los rincones, suelos, muebles e incluso la distribución de las habitaciones. Los azulejos, que alicataban el vestíbulo con

motivos arabescos, habían sido reemplazados por otros de diseño más moderno. El robusto banco de madera y la lámpara del techo, que me hubiera gustado conservar, pasaron también a mejor vida. En su lugar, un sofá de piel marrón y unos focos de color metálico habían rematado el cambio radical de la sala. Personalmente esa parte me había causado un sentimiento de tristeza extraño. Yo nunca había visitado la casa antes del reparto de la herencia, pero recuerdo las historias que Irene relataba una y otra vez cuando íbamos a visitarla. Siempre eran las mismas, todas acerca de lo mucho que amaba la casa donde había pasado casi toda su vida, pero yo no me cansaba de escucharlas.

Irene era prima hermana de mi padre, y nunca tuvimos mucha relación antes de que le diera el infarto. Pero cuando cayó enferma éramos prácticamente la única familia que tenía. Le tomé cierto cariño y, desde entonces, iba a visitarla a la residencia todos los domingos por la tarde, hasta que finalmente se trasladó a vivir con nosotros.

Irene salía cada tarde al pequeño jardín que rodeaba la casa. Yo la vigilaba desde la ventana de nuestra habitación. Me preocupaba que se pudiera caer o sufrir algún otro percance debido a sus graves problemas de movilidad.

Aquel día que comenzó todo, bajaba un aire fresco del cerro y la mujer se echó por encima de los hombros una pañoleta de lana, de las que ella misma tejía. Se sentó en uno de los bancos que flanqueaban la entrada al porche y, cerrando los ojos, respiró una gran bocanada de aire. La tarde destilaba melancolía, de esa que se agarra con fuerza a los corazones de las personas tristes por naturaleza. La vi levantarse, dirigirse hacia el fondo del jardín y detenerse junto a uno de los naranjos. Parecía hablar con alguien y sus manos se movían rápidamente, como apoyando su discurso. Por la tarde, cuando Javier regresó de trabajar, me avisó de que los tres naranjos que habíamos plantado cuando entramos a vivir en la casa no estaban. Simplemente habían desaparecido y en su lugar había unos rosales bastante desangelados en los que apenas florecían

media docena de rosas blancas.

A la mañana siguiente, Irene estaba arreglando los rosales con unas tijeras de podar y una pequeña azada. Me pareció que ya no cojeaba tanto. Naturalmente, Javier y yo comentamos lo ocurrido, pero no le dimos demasiada importancia. Nos parecía bonito ver a la tía Irene recuperar la ilusión. Por aquel entonces teníamos bastante con nuestra gran preocupación: el hijo que tanto deseábamos no llegaba y yo empezaba a sumirme en una profunda tristeza.

Unos días después, observé que la barandilla de la escalera ya no era metálica. Le pregunté a Javier por qué la había cambiado por una de madera sin decirme nada, y solo recibí por respuesta una mueca suya enarcando sus cejas con ojos de asombro. Irene bajó al poco tiempo las escaleras, acariciando suavemente la barandilla con la mano. Sus piernas yo no titubeaban al deslizarse escalón tras escalón. Por la noche entré a su habitación por si necesitaba algo. Abrí la puerta y la tía Irene se calló de repente.

Me sonrió. No necesitaba nada y además quería dormir.

Fueron unos meses tranquilos. A veces hablábamos en la comida o en la cena de algún cambio que habíamos observado ese día, como cuando el suelo del piso cambió de color. Otras veces ni siquiera sacábamos el tema, aunque los dos hubiéramos visto al volver de un paseo a la tía Irene subida en unas escaleras limpiando una vieja y enorme lámpara de araña que colgaba del vestíbulo.

Y llegó el día en que mi tristeza desapareció. Fue una grata sorpresa bajar a desayunar y contemplar el vestíbulo. Me detuve y ante mis ojos se presentó un paisaje doméstico lleno de detalles que me acercaron más al encanto de aquella visión. El contra portón de madera, con una de sus puertas medio abierta y otras rejas metálicas en su parte superior, lucía espectacular recién pintado. Las baldosas añejas, con sus motivos arabescos, deslumbraban en el piso del zaguán. Unos adornos decorativos de cemento en la pared inferior del zócalo remataban la belleza de la sala.

Todo volvía a resplandecer con la luz natural que entraba por la puerta. En sus rejas, colgando de la manija metálica, un viejo radio transistor de pilas dejaba sonar las melodías de una emisora popular. Afuera, el sol brillaba con rotundidad y la cálida brisa de la mañana acariciaba el rostro de Irene, apostada en la puerta. Corrió hacia mí y me tocó en el hombro. Sonriendo tiernamente, bajó sus manos hacia mi vientre y se agachó a besarlo.

¡AY DIOS!
LOLA MENTO

LOLA MENTO

Si me quieres encontrar lo harás en un libro, en un viaje o en vaso de vermú manchado con pintalabios rojo. Si quieres perderme estarás lejos del feminismo, los animales y los gritos ante injusticias. Si hubieras estado en Valladolid el 22 de octubre de 198X, me hubieras visto nacer con fórceps, porque ya entonces iba a contracorriente.

—¡Y ahora aquí en el Guapatinis show bar, con todos ustedes... la única, la inimitable, la gran... Susantidad!

—Bravooooo bravooo.

—Maricón, qué hostia me he dado. Mira que me lo ha dicho la Pincha Dora antes de salir, que iba sin la tapa del tacón derecho. Pero como soy una desgraciá de la vida, pues nada, espectáculo con improvisación.

—Disculpe, ¿usted es?

—¿Que quién soy yo? ¿Quién es usted, señora? ¿Dónde está mi público de Torremolinos? A mí si me he quedao pizcueta que me lleven al hospital. Que yo no oía estas voces.

—Triiiin riiin. Jefe, está aquí doña...

—Que no me mire, señora, que no tengo nada que hablar con usted.

—Pues Doña no sé quién, o don qué sé yo. La verdad, no lo tengo muy claro.

—Pero, qué estoy yo ahora ¿en la sede de Vox?
PREGUNTO.

—Ajá, sí, bien. Sanchez Dragó y luego va esta. Entendido, jefe. Ale, bonica, siéntese en esa nube un momentito que ahora ya pasa después de ese señor de las gafas.

—Pero si este misógino se había muerto ya ¿no? ¡Maricones, llevadme al hospital que no estoy buena! ¡He perdido la papa pa'l kilo! ¡Va a entrar Abascal seguro y con eso sí que no puedo! ¡No eh! ¡Ya no tengo capacidad!

—Señora, guarde silencio que este es un lugar de retiro. Como no se comporte la mando al purgatorio sin pasar por el despacho.

—¡Qué habla mamarracha! Que yo tengo un nombre en este negocio ya para que venga usted a decirme cómo tengo que hacer mi chow.

—Pero que chow ni que chow. A callar. Dragó, pase que es su turno ya. Aunque aquí me parece que va a durar poquito.

—¿Aquí? ¿Pero me puede decir dónde estoy y, sobre todo, cómo he llegado? Hoy es el día grande en Torremolinos, el *pub* estaba a reventar y... Esto va a ser la pastilla esa, si es que a mí me sacan del *popper* y me desequilibro. ¡Dora, cariño, si me escuchas me está dando un viaje de los malos! Llévame a Sanitas, que en la pública hay que esperar mucho ahora.

—Mire, no le vuelvo a repetir que se siente de una vez. Usted misma, como siga con esta actitud le van a quedar muy pocos puntos para entrar al paraíso y luego vienen las lamentaciones. ¡Por esta puerta de la derecha vi con mis propios ojos salir a Adolf! Cómo lloraba, angélico...

Que no lo hizo a propósito, que le convencieron entre Eichmann y Mengele... Esos, como no pasaron ni por aquí, pues no te sé decir; pero lo de Adolf, lo de Adolf fue muy fuerte, nena. Yo le invité a un chupito de ginebra, para que se le fuera haciendo el cuerpo al calor.

—Venga, que salga Juan y Medio con el ramo de flores. Que te he pillao, bribón. Inocente, inocente.

—Pero qué dices, chalá, Juan y Medio no tiene día hasta dentro de exactamente siete años, para el 25 de agosto me sale. Qué mala fecha... con todo el calor. Andaluces conozco ya unos pocos famosos. Pero la que me gustó a mí fue la Jurado. Qué fantasía, esa sí que se mereció la puerta de la izquierda, con flores y todo se la adorné. Y guapa la tía ¿eh? Con todo lo que le mandó el director general, pues ni un momento dejó la mujer de luchar, una pena... pero la voluntad de Dios, ya se sabe.

—¿De Dios? ¿La Jurado? La puta pastilla, cuando pille al Agustín de verdad que le mato.

—Siga, siga... luego no diga que no la avisé. Mire, ya sale Sánchez Dragó. La derecha, ¿verdad? Ya sabía yo... Míralos, abajo mucho lirili y aquí poco lerele... ¿Quiere un chupito para ir calentando? Usted, pase que ya está San Juan esperándola.

—Entro, pero contra mi voluntad, que aquí hay gato encerrao.

—Ave María purísima.

—¿Qué?

—A ver, usted aquí pone que es... Susan Tidad ¿Es correcto?

—Sí, ese es mi nombre artístico, pero que me puede llamar Susan.

—Muy bien, Susan. Pero no tengo mucho en su expediente, la verdad, me aparece a partir de los veintidós años...

—Pues tengo cincuenta y uno, me encantaría que fueran kilos, Sí; pero no, son años.

—Ese es el problema. Que cuando ocurre esto es porque la persona en cuestión no ha seguido las directrices que marca la iglesia católica, apostólica y romana, y ahí es donde empiezan los problemas.

—¿Que yo no sigo las directrices de la iglesia? ¿Me lo está diciendo a mí? Está de chufra ¿no?

—Sí, es que verá, yo le explico el proceso. Está usted a las puertas del cielo, entiendo que con su desviación esto no le suene, pero...

—¿Qué hablas? ¿tú sabes quién soy yo? Esto me lo conozco yo de sobra. Usted es San Juan, ahora me va a decir que tiene una lista y dónde me toca vivir el resto de mi vida... o mi muerte, porque empiezo a pensar que esto es eso, mi muerte. Y me estoy acordando del tacón, de Torremolinos y del Guapatinis.

—Exactamente, yo soy San Pedro y está usted en las puertas del cielo. Antes, cuando decía esta frase, se llenaba todo de confeti, pero los recortes... ya sabe. Bueno, el problema es ese, que con su condición le tengo que dirigir al infierno, todos los del colectivo de las siglas tienen que ir derechitos allí, me gustaría dejarle en el purgatorio o incluso subirle al cielo, pero con su desviación.

—Pero qué desviación ni qué leches.

—¡Ah! ¡¿Pero que lleva peluca? ¿Y maquillaje?!

—¡Nos ha jodío! Si soy Francisco, el párroco de la parroquia de Torremolinos. Ahora mismo les planto una reclamación.

—¡Ay Dios!

MOMENTO CUCO
ROCÍO GALEA TENA

ROCÍO GALEA TENA
(Alcalá de Henares, 10 febrero de 1988)

Torrejonera de corazón. Lectora compulsiva, devoradora de música, trotamundos, friki, madre de hurones, escritora en ciernes y creadora de mundos ficticios, o quizás ¿no?

... Haz clic en el banner para saber más...

Al salir de la boca del metro, durante la breve pausa, el sonido estridente de la ciudad me ensordecí. Cuando pisé la acera, el murmullo desapareció y me adentré en la multitud tarareando la intro de mi pódcast favorito: *Frikilandia & Co.* Pasé junto a una joyería. El brillo de unos diamantes me deslumbró. Me acerqué al escaparate. Al lado de tanto lujo vi el reflejo de mis pantalones negros, la sudadera con capucha y la cazadora vaquera. Resoplé. ¿Quién quiere desayunar con diamantes si puede tomarse un pincho de tortilla con un café? Me di la vuelta y mi coleta alta chocó contra el cristal. El demonio estampado de cara roja, con una maza y una espada en llamas a cada lado a mi espalda, se burló de su perfección.

... En el programa de hoy, repasaremos la evolu-

ción de las mejores bandas sonoras de los últimos años, empezaremos por...

Zigzagueé entre los peatones, tarareando sin voz.

... Ah, ha, ha, ha, Stayin' alive, Stayin' alive. Ah, ha...

Justo a tiempo, me paré en seco. El semáforo estaba en rojo. Esperé zapateando el ritmo con mis Converse amarillas. Miré a los peatones al otro lado de la acera: un adolescente ojeando el móvil, una pareja de ancianos, un hombre alto y barbudo con un sombrero gris en punta. Un momento. Rebobiné. El hombre me miró y nuestros ojos se conectaron. Esperé a que hiciera algo tan loco como elevar un bastón, clavarlo en el suelo y gritar: «¡No puedes pasar!», pero desvió la vista y la sensación se esfumó.

El monigote comenzó a parpadear. A mi alrededor, la gente se tensó como animales agazapados listos para emprender una carrera por sus vidas. Mis dedos siguieron

el ritmo pulsando en la pierna. Sentí algo en el bolsillo. Era el m-u-l-t-i-p-a-s-e, quiero decir, el abono transporte. Lo guardé en la bandolera amarilla a la vez que el semáforo cambió. Luz verde. ¿Qué tono de verde? Un borrón femenino pasó a mi lado a toda velocidad, como si una manada de velocirrautores la persiguiera.

¡Corre, Forrest, corre!

Sin prisa, crucé el paso de peatones.

... Pasemos a las noticias. Unas nuevas declaraciones de George R. R. Martin han revolucionado las redes...

Desconecté y miré más allá del mar de cabezas. Me encantaba admirar la arquitectura, a veces oculta a simple vista en las alturas. Mis pupilas se dilataron al encontrar un cartel antiguo de hierro forjado; el estilo de la caligrafía blanquecina era propia del siglo XIX, pero, al leerlo, fueron unas voces del siglo XX lo que escuché: «¡Seguro

dental! ¡Lisa necesita un aparato! ¡Seguro dental! ¡Lisa necesita un aparato!»

Sacudí la cabeza enfocándome en mis pasos. Mis neuronas gritaban por un café. Me desvié de mi camino para pasar por una cafetería pequeña que quedaba en un callejón, a la vuelta de la siguiente esquina. Pasé frente al enorme ventanal con el logo de Central Perk. Un empleado limpiaba con movimientos circulares la superficie transparente. Dar cera, pulir cera. Al entrar, inspiré el olor a café y me coloqué detrás de la última persona que esperaba su turno. Admiré la ecléctica decoración de la cafetería buscando algún detalle que se me hubiera escapado en otra visita. El sofá de terciopelo naranja que dominaba la sala siempre me hacía pensar lo mismo: no me gustaría tener que limpiar una mancha de esa tapicería tan delicada.

El sonido de una nueva notificación me dio un susto de muerte. Con el dedo índice, toqué suavemente el auricular. La voz femenina de mi amiga y compañera de piso

me sobresaltó.

... ¡¡Tía, tía, tíaaaaa!! ¡Me ha contestado! Sí, por fin. Me voy a preparar rápidamente, menos mal que compré ese vestido supersexy. No me esperes levantada. ¡Te quiero 3000! ¡Deséame suerte!...

Puse los ojos en blanco, a la vez que pagué el café. ¿Suerte? Sustitúyelo mejor por un «que la fuerza te acompañe». Mentalmente anoté «pasar por el supermercado a la vuelta para comprar una botella de vino blanco». Le di un sorbo a la tibia bebida y salí a la calle.

... Estas son las fechas de la gira que aterrizará en Madrid el próximo mes. Repasará los temas más icónicos del reconocido Estudio Gibhli. Si aún no tenéis la vuestra, ¿a qué estáis esperando? Nosotros ya la tenemos desde hace meses. Aquí tenéis un pequeño adelanto en exclusiva...

Los primeros acordes del piano y después la dulzu-

ra del violín me acariciaron. Cerré los ojos. Los edificios de asfalto y cemento ardiente desaparecieron. Mis piernas temblaban ansiosas, deseando bailar el vals en una pradera floreada en lo alto de las montañas. Inhalé esperando sentir el aire puro y dulce. Estornudé. El aire cargado por la contaminación me sacó de mi ensoñación, aunque no consiguió borrar la magia de la canción. En el crescendo entré en un parque. El viento jugaba con la copa de los árboles, balanceándose al mismo son, y el sol trasapaba las hojas verdes. Sonreí. Sentí mi alma inflarse y echarse a volar.

De repente, pisé algo blando y el sonido de un disco rayado rechinó en mis oídos. Miré hacia abajo con una mueca en los labios. ¡Gizmo, caca! Dando saltitos me acerqué al césped y froté la suela apoyándome en el tronco de un árbol. Seguí frotando y miré las pequeñas tiendas locales que rodeaban el parque. Carteles rojos con letras blancas adornaban cada escaparate. ¡Vale, niño malo, pero no más rebaaajas! Libre de la plasta marrón, me coloqué la bandolera y me dirigí al otro extremo del parque hacia

una callejuela estrecha y fresquita.

... Lo estabais esperando y ya ha llegado, vuestra sección favorita: Toma y daca. En el programa anterior dijimos que desde que se estrenó Matrix, había pasado casi un cuarto de siglo. Hicimos un monográfico sobre el impacto que tuvo en la historia del cine. Recordamos las críticas de los espectadores al verla: aquellos que no se enteraron de nada y los que se quedaron con la boca abierta, encantados. No dudamos de que, si se estrenase a día de hoy, hubiera incendiado las redes sociales. Sería un auténtico Trendic Topic, todo un Hype. Pero no os interesa eso, no, es otra cosa la que os ha llamado la atención, queridos oyentes. Os vamos a dar el gusto y profundizaremos en el trasfondo de la cinta. Entraremos de lleno en el existencialismo y la percepción de la realidad. Aquellas corrientes filosóficas en las que se inspiraron los creadores de Matrix...

Durante un breve momento retrocedí varias déca-

das de vuelta al instituto cuando exponía el trabajo de filosofía sobre la caverna de Platón y *Matrix*. Sin embargo, años más tarde saldrían nuevas teorías. Estas me resultaban más interesantes e inquietantes, como aquella que planteaba la posibilidad de que viviáramos en una simulación de realidad virtual controlada por una Inteligencia Artificial. Si fuera así, me imaginaba que, al morir, me despertaría en una cabina, aparecería un técnico vestido con un mono futurista y me preguntaría: «¿Qué tal la partida?».

Miré las cámaras de vigilancia 360° que controlaban el tráfico y los peatones... Me mordí el labio. Me vino a la mente la película *El show de Truman*. Recuerdo que cuando la vi de pequeña me pregunté si distinguiría la puesta en escena de la realidad. Le di tantas vueltas que llegué a cuestionarme si vivía en esa situación y no lo sabía. ¿Cómo podría saberlo? Algunos responderían que la realidad es aquello que podemos ver, oler, tocar, sentir y saborear. La humanidad percibe el mundo externo según el diseño de nuestro cerebro. Sin embargo, se le engaña

muy fácilmente. Hace unos años, en una exposición, tuve una experiencia con las gafas de realidad virtual. Parecía que de verdad estaba sobre un muro de hielo a cientos de metros de altura y flechas en llamas que volaban hacia mí. De forma automática las esquivé, pero una me golpeó; miré hacia mi vientre herido y vi cómo la flecha sobresalía. Después sentí el vértigo al caer al vacío. Fin de la experiencia. Imaginarme probar algo similar, pero con la gran resolución que se había desarrollado en los últimos años, consiguió que una sensación de ingravidez y desconexión me invadiera. ¿Cómo podríamos distinguirlo? ¿Cómo?

Me sacudí la sensación. Pensé en la teoría de cuerdas y las membranas. La idea de los universos paralelos siempre había logrado captar mi atención. Me gustaba pensar que, en alguna otra realidad, en otro universo con otras posibilidades, había una muy afortunada yo. Allí, Henry Cavill me llevaría a las alturas una y otra vez, y no precisamente porque fuera Superman. Guiño. Guiño. Aguantándome una carcajada, giré a la izquierda entrando

a una calle con una acera casi inexistente.

... Damos carpetazo al tema de Matrix. ¡Tenemos una gran noticia! ¡Redoble de tambores, por favor! La semana que viene hará un año de la primera emisión de Frikilandia & Co. No os podéis perder el programa especial que estamos preparando. En el siguiente episodio analizaremos las escenas más románticas del cine y la televisión, pero también queremos añadir un toque vuestro. Por eso, estad atentos a la siguiente pregunta: ¿Habéis vivido algún momento cuco? Mandadnos vuestras historias. Estamos deseando leerlas. En el último bloque hablaremos de...

Abrí la puerta acristalada con el cartel de abierto. Escuché el tintineo metálico de la campana que colgaba de la puerta. ¡Pin, la cuenta, por favor! Me fui al fondo de la tienda, a la izquierda del mostrador y comencé con mi ritual de los domingos. La cálida luz que atravesaba los cristales resaltaba los cientos de vinilos de segunda

mano. Con cariño, los pasé uno a uno. Leí el título y admiré el arte gráfico de cada portada. A mi alrededor, los otros clientes, que también curioseaban, desaparecieron.

Sile. Nole. Este lo tengo. Interesante, pero mejor no. Reguetón, ¡ni de coña!

Pasé cada uno hasta que llegué al último de la fila, luego los empujé para ponerlos todos juntos y me fui hacia la siguiente mesa.

¡Oh! ¡Dios! ¡Mío!

Allí estaba. Con el halo del sol rodeándolo, como si tuviera ante mí el Arca de la Alianza. Era una belleza repleta de caracteres japoneses con una ilustración en acuarela. No podía creer que después de tantos años lo encontré. La canción de Kate Bush, «Running up the Hill», reverberó en mis oídos, a la vez que extendí la mano, ansiosa. A cámara lenta, abrí los ojos espantados cuando agarré mi tesoro y unos dedos masculinos lo agarraron al mismo tiempo. La

canción cambió, entrando en escena los acordes del tema principal de *Armagedon*. Sin soltarlo, mis ojos subieron por el brazo cubierto por una cazadora de cuero hasta llegar a una camiseta blanca que definía un torso marcado. El mismo demonio rojo que decoraba mi espalda me miraba desde esa perfecta definición, riéndose. Embobada, le miré la cara.

¡A la mierda cada Henry Cavill del resto de universos paralelos!

¡Yippi-ka-yei, otros yoes!

Vi sus ojos azules brillar antes de que tirase suavemente del vinilo, que se escurrió de mis dedos flojos. De un plumazo, caí de la nube de hormonas por el cual volaba, extendí la mano y lo volví a agarrar. Tiré y él tiró. Entrecerré los ojos y él hizo lo mismo. El silbido reconocible del bueno, el feo y el malo aumentó de volumen. Nuestras miradas estaban atrapadas, desafiantes. Casi pude escuchar los arbustos secos rodando en el interior de la tienda.

Houston, tenemos un problema.

... Y hasta aquí el episodio de hoy. No olvidéis mandarnos vuestros momentos cucos para la próxima semana. ¡Sayonara, baby!...